

en importancia, la segunda, la tercera, etc. Esto es lo capital en los asuntos de la vida, y con mucha más razón, debe ser en los asuntos de religión, por los cuales, la fe, fija deberes muy precisos al género humano.

Taciano, el maestro de los primeros tiempos de la iglesia, dice que la desgracia de los hombres, no proviene tanto de que ignoran al verdadero Dios, como de que creen en falsos dioses y miran como Dios lo que no lo es. Lo mismo podría decirse de los deberes particulares de los hombres. Las desgracias y los crímenes de los hombres, no provienen tanto de la ignorancia de sus deberes, como de que admiten deberes falsos mirando como deber lo que no lo es, y no consideran como deber aquel que es precisamente su deber principal.

Bondareff afirma que las desgracias y los crímenes de los hombres provienen de haber reconocido como deberes sagrados muchos preceptos frívolos y perniciosos, habiendo olvidado y ocultado a sí mismos, y a los otros, el primero y más importante, sin duda, de los deberes, aquel que se halla en el primer capítulo de la Sagrada Escritura: *Con el sudor de tu frente recolectarás tu pan.*

Para aquellos que creen en la santidad e infabilidad de la palabra divina, expresada en la Biblia, es evidente que este mandamiento prueba categóricamente, por sí mismo, su propia verdad, puesto que ha sido dado por Dios, sin que después, jamás se haya derogado.

En cuanto a aquellos que no creen en la Sagrada Escritura, si consideran este precepto, sin prejuicio alguno, como una expresión sencilla y natural de la sabiduría humana, verán claramente que en él existe el sentido y la verdad cuando examinen las condiciones de la vida humana; y esto es, precisamente, lo que Bondareff ha hecho en su libro.

Lo que les impide hacer semejante exámen, es que la mayor parte de entre ellos, están acostumbrados a las explicaciones erróneas y absurdas que han dado los teólogos a las palabras de la Sagrada Escritura. Y esta costumbre es tal, que basta recordarles que una doctrina tiene alguna relación con la Sagrada Escritura, para que la consideren con desdén: *¡Qué nos importa a nosotros— dicen— la Sagrada Escritura! ¡Sabemos que se puede basar sobre ella todo lo que se quiera, y que todo es mentira!*

Nada más injusto, porque no se debe achacar a la Sagrada Escritura, la mala explicación que los hombres hayan hecho de ella; y el hombre que dice la verdad, no es en absoluto culpable, porque repite la verdad expresada antes de él; y en los mismos términos por la Sagrada Escritura.

Si admitimos que lo que se llama Sagrada Escritura, no es la obra de Dios, sino de los hombres, y si por otra parte, lo que es pura y sencillamente escritura de los hombres, lo consideramos